

EL GATO NEGRO.



LA LECCIÓN DEL MORRONGO.

MICROCINA

¡No más Mercurio! ❄ ¡No más Copaiba! ❄ ¡No más Sándalo!
¡No más medicamentos perniciosos ó inútiles!



MICROCINA X

EL DIAMANTE DE LA SALUD

Soberano remedio para las
ENFERMEDADES
SECRETAS

PREPARADO POR EL DR. ROURE

Curación rápida, segura y radical de todas las enfermedades venéreas y sífilíticas en todos sus periodos. ❄ El flujo blanco, blenorragia, en una palabra, todas las afecciones debidas al virus venéreo ó sífilítico desaparecen á la acción de este poderoso medicamento. ❄ La MICROCINA X cura también toda clase de ulceraciones y llagas sea cual fuere su origen. ❄ La MICROCINA X es un remedio eficaz para las afecciones diatéricas de la piel, esorófulas y herpes. ❄ La MICROCINA X es un GRAN PREVENTIVO contra el contagio de los males arriba indicados.

Véase el Prospeeto

PRECIOS: Botella grande 4 pesetas 25 || Botella pequeña 2 pesetas 25

Despacho al por menor: Farmacia del Dr. Roure, Mayor de Gracia, 230, Barcelona y en todas las buenas farmacias

REPRESENTANTE GENERAL PARA LA VENTA AL POR MAYOR

Tomás Castro Nuño, Mayor de Gracia, 2 y 4, Barcelona



JULIOTIN ❄ || LOS COLORES NATURALES APLICADOS A LA FOTOGRAFIA || ❄ JULIOTIN

Por 10 pesetas y en 3 lecciones, se enseña su aplicación y se regalan los colores para pintar 250 fotografías ó estampas cualquiera.

ENVÍO DE LOS COLORES Á PROVINCIAS Á 6 PESETAS CAJA

Llano de la Boquería, número 6, piso 4.º - Barcelona

ALBUM DE LA "MARINA ESPAÑOLA"

publicado por EL GATO NEGRO

Formando un precioso cuaderno con las vistas de los principales barcos de nuestra desgraciada Marina, se ha puesto á la venta al precio de

UNA PESETA.

SELLOS DE GOMA.

Con Nombre, Profesión, Dirección y caja, se hacen por el infimo precio de 1'75 pesetas.

DEMETRIO GRAU — Casanova, 41, pral., 2.ª — BARCELONA

Soldadicos

EDICIÓN DE LUJO

POR

MELITON GONZALEZ

Los pedidos á la Admon. de "El Gato Negro". UNA PTA.

GRAN HOTEL Y RESTAURANT DE PRIMER ORDEN

RONDA DE SAN PEDRO, NÚM. 35 BIS **AMBOS-MUNDOS** RONDA DE SAN PEDRO, NÚM. 35 BIS

VICENTE SAURI

Este gran establecimiento con edificio construido, amueblado y montado con arreglo á los últimos adelantos y novedades, consta de 80 habitaciones todas con balcones á la calle; 6 magnificos Salones para Restaurant; 8 gabinetes reservados para familias y una terraza *promenoir* única en Barcelona.

Hospedajes desde 6 pesetas cada día, por cubiertos ó á la carta.

Se alquilan habitaciones sin comida.



«Gatera Matritense»

RAMÓN ROSELL.—PEPE GARCÍA.—FÓRMULA REGENERADORA.

En la mañana de ayer, viernes, fué conducido con inusitada solemnidad á su última morada el cadáver de uno de los hombres que mayores alegrías y contenidos han producido durante los últimos treinta y cinco años, á cuantos tuvieron ocasión de conocerle. Presidencia del gobernador de la provincia, representación numerosísima del mundo teatral, colgadas de luto en los balcones de los teatros por delante de los que pasaba el cadáver: tal ha sido el entierro del insigne Ramón Rosell.

MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Sus prodigiosas facultades imitativas y su gracia natural para la parodia de actores y cantantes, llamaron la atención de Arderius en una excursión de éste á Barcelona; convencióle fácilmente de que podría lograr en el teatro mayor porvenir que el muy problemático que le ofrecían las funciones que desempeñaba en un escritorio comercial, y á los pocos meses, Rosell compartía con Arderius los triunfos del género bufo, tan en boga por entonces. Su voz, su gesto, sus voluntarias equivocaciones de dicción, la gracia con que dejaba las puertas para salir de escena por las paredes, sus tropezones, las libertades que solía tomarse con sus compañeros de arte y aún con los espectadores y que siempre le eran toleradas por éstos, todo le hizo crearse y constituir una personalidad



Comiendo y componiendo
vale dos mundos
el autor de Gigantes
y cabezudos.



E. Klimt.

especialísima y *sui generis* en el mundo teatral, llegando á tenerse como axiontático que, connaturalizado con el género bufo, no podría Rosell destacar en ningún otro. Una temporada que estuvo en la Comedia al lado de Emilio Mario, demostró que aquel juicio era equivocado, pues el actor catalán, graciosísimo é irremplazable en lo bufo, sentía no menos el género cómico de buena escuela y así lo demostró en algunas obras de Bretón, como más tarde en el teatro Lara, donde siempre se ha cultivado el género chico con tendencias y vistas al grande. Desde hace mas de un año Ramón Rosell estaba herido de muerte y esta no solo no ha sorprendido á nadie, sino que se ha considerado como piadosa solución providencial á las tristezas de su estado.

* * *

Las listas diarias de inhumaciones que publica la *Gaceta de Madrid*, nos han advertido recientemente que el 22 de Noviembre había fallecido en el Hospital Provincial un acogido llamado José García, de estado viudo y edad de 59 años. Algún periódico que otro, muy pocos, dijeron á los cinco ó seis días que el muerto era el popular actor de aquel nombre, que no tuvo mas rival en los antiguos sainetes que Mariano Fernández; que dió alegre vida á numerosas magias; que en los últimos años de su existencia cultivó el género chico y cantó como pudo y Dios le dió á entender el repertorio moderno y que últimamente figuraba en humildísimas compañías de las que suelen utilizar los días de fiesta en algún teatro de los no arrendados á empresa fija.

El cadáver del pobre Pepe García no ha sido pasado por delante de los teatros ni han presidido el duelo autoridades, ni en su séquito fúnebre han formado autores ni periodistas, ni mañana se sabrá el lugar en que descansan sus restos. Unicamente una cofradía religiosa, la de Nuestra Señora de la Novena, á la que rinden culto los cómicos en la parroquia donde descansa el cadáver de Lope de Vega, le ha dedicado hoy, sábado, una misa de *requiem*, que tampoco, según mis informes, ha estado muy concurrida. Así han acabado dos de los actores cómicos de mayor notoriedad durante gran número de años en los teatros de Madrid, proporcionándome una nota de tristeza para esta revista, ya que uno y otro fueron amigos míos en la vida.

* * *

Habíamos quedado en que era forzoso regenerarnos y, para ello solo faltaba una pequeñez: la fórmula de la regeneración. Algunos pensadores—¡infelices!—habían indicado más ó menos tímidamente que para lograrlo se ofrecía entre otros procedimientos dilatorios, uno muy eficaz: el trabajo.

Los estudiantes madrileños y barceloneses lo han entendido de otra manera y emprenden la regeneración abandonando el estudio; y por si la forma no fuera todavía bastante clara y comprensible, los últimos la han emprendido á pedradas con el establecimiento docente.

Si el ejemplo cunde, dentro de poco el labrador arrasará sus campos, el industrial incendiará sus fábricas, el minero cegará sus galerías, el marinero barrenará sus barcos, el pintor rasgará sus lienzos y el tipógrafo empastelará las cajas de la imprenta y si la asombrada razón les pregunta la causa de semejantes atropellos, contestarán con perfecta lógica:

—Estamos regenerándonos por el sistema de los estudiantes de Barcelona!

* * *

Parece que el problema de la mendicidad empieza á preocupar á nuestros gobernantes, problema que ha de empeorar cuando vuelvan á la Península los que á ella arrojará la pérdida de nuestro poder colonial. Y entonces habrá que establecer turnos, pues todos tendremos que dar limosna unos días y solicitarla otros.

Posible es que se emprendan grandes obras, si hay alientos para ellas, y que así puedan realizar sus deseos los que hoy buscan inutilmente trabajo y que no haya motivo para que vuelva á oírse lo que decía un desdichado:

—Yo trabajaría en cualquier cosa, arrancaría adoquines con los dientes si fuera necesario; pero ¿quien dá por hacer esto un jornal?...

OSSORIO Y BERNARD.

SEMANA POLÍTICA

Les digo á Vds. que son célebres estos periódicos de gran circulación. Todos los días habrán Vds. leído que España está sin pulso, que el pueblo por nada se mueve, que la opinión padece de atonía, etc., etc...

Pues bueno: se habla de los trabajos de los republicanos y se escandalizan.

Se agitan los carlistas y protestan indignados.

Por lo visto lo que desean es un movimiento de la opinión al grito de ¡vivan las rotativas!

¿Pues y la manía de consultar todos los días á los mismos hombres públicos que nos han perdido?

Que Silvela dice esto; que Canalejas lo otro; que Romero lo de más allá.

¿No sería mejor envolverlos á todos ellos en uno de esos periódicos y tirar *el llo* á cualquier parte?

Además publican los tales diarios curiosísimas noticias como aquella que decía "A pesar de su significación política republicana, el Sr. Paraiso por patriotismo llevará á Palacio el mensaje etc., etc..."

¿Por patriotismo?

¿Pues porque era republicano el Sr. Paraiso?

Cuatro palos tiene, dígallo Aguilera, la baraja infame, cuatro palos son; pero los que había que dar en España, eran cuatrocientos á cada español.

Ya empiezan los triunfos de la asamblea de Zaragoza y los dolores del futuro presupuesto.

El gobierno va á crear dos ministerios más; el de Comercio y el de Agricultura y por su gusto crearía doscientos para contentar á otros tantos Canalejas.

¡Como si la regeneración consistiera en eso!

¿No tenemos ahora un Groizard, un Auñón aunque pequeño y un Romero Girón? Y sin embargo ¿hay Justicia? ¿hay Marina? Hay narices.

Noche sombría y lluviosa,
dos frailes, una estación,
varias cartas, una plancha...
¿se acuerda Vd. Capdepon?

¡Fusionismo, fusionismo!
¿A donde irás á parar?
Contigo nunca hay dinero,
ni patria, ni libertad.

Para dar Montero-Ríos,
para tomar Puigcerver,
para cuco, Canalejas,
para Giberga, Moret.

Después de mirar las firmas
le dijo Day á Arbarzuza:
"¡Y para mayor dolor,
te llamas Buenaventura!"

Telegrama de Blanco al declararse la guerra á los americanos.

"Juro que no saldré de la isla sino muerto ó vencedor."

Leo en el Heraldo del día 30 del pasado.
"Ayer se embarcó con rumbo á la península,
el general Blanco."

Cuando pronto á sus faenas
torne el Senado *precos*,
pienso, (y alivio mis penas)
¿que tal estará de voz
el conde de las Almenas? ...

LUIS DE TAPIA.





Una Menegilda.

"TIBERTADES"

AL GRAN POETA FERRARI.

La tarde vá á morir. Desde la altiva
cumbre del sur que cierra el panorama,
con transparencia luminosa y viva
del sol se extingue la sangrienta llama.
La cresta de Safed trémula brilla
y en los picos de Hermón, blancos de hielo,
se copia y resplandece la amarilla
crépuscular coloración del cielo.
El terso lago con vaivén súaive
aquietta el golpe de sus mansas olas,
y están en medio del silencio grave
sola su faz y sus riberas solas.
Vense á la orilla rústicas cabañas
de pescadores por el sol curtidos,
en cuyos techos de pajizas cañas
tejen las aves de la mar sus nidos.
Genesarets eleva sus jardines
de tamarisco y de laurel poblados,
que esparcen por los plácidos confines,
sus alientos de flor embalsamados.
Y más allá, la vista se derrama
por una feracísima llanura
que se extiende en brillante panorama
toda llena de manchas de verdura.
Es la hora del amor. Ventisca leve,
con rumor de aletazos de paloma,
las finas lenguas de las palmas mueve
por los boscajes de la abrupta loma.
Es la hora en que la tierra se desmaya,
la hora en que el canto de las aves cesa,
la hora de amor en que la verde playa
se aduerme al son del agua que la besa.
Se hunde el paisaje en infinita calma,

y al turbio rayo de la luz del día,
se reconcentra y se emociona el alma,
con última y tenaz melancolía.

Ved. Ya Jesús sobre la vieja nave,
que el brazo de Simón hundió en la arena,
dirije á sus discípulos, siave
predicación de venturanzas llena.

¡Cuan grande y cuan hermosa su figura
parece ante la turba que le admira!
Su larga y empolvada vestidura
en sueltos pliegues por el viento gira.

Oscuro es el color de sus cabellos
y correcto el perfil de su semblante,
garzas sus tintas de sus ojos bellos,
dulce el acento de su voz vibrante

Es su oración sinfónica armonía
llena de notas lánguidas y graves,
sombra y luz, sol y nieve, noche y día,
rumor de olas y cantar de aves.

Al eco de su voz, viva y ardiente,
¡con que emoción la turba galilea
en su alma tosca germinar presiente
de un culto nuevo la confusa idea!

Culto, que al golpe ideal de la palabra,
cobra de fé y amor aliento y vida;
inmaterial encarnación que labra
al bien eterno redentora egida.

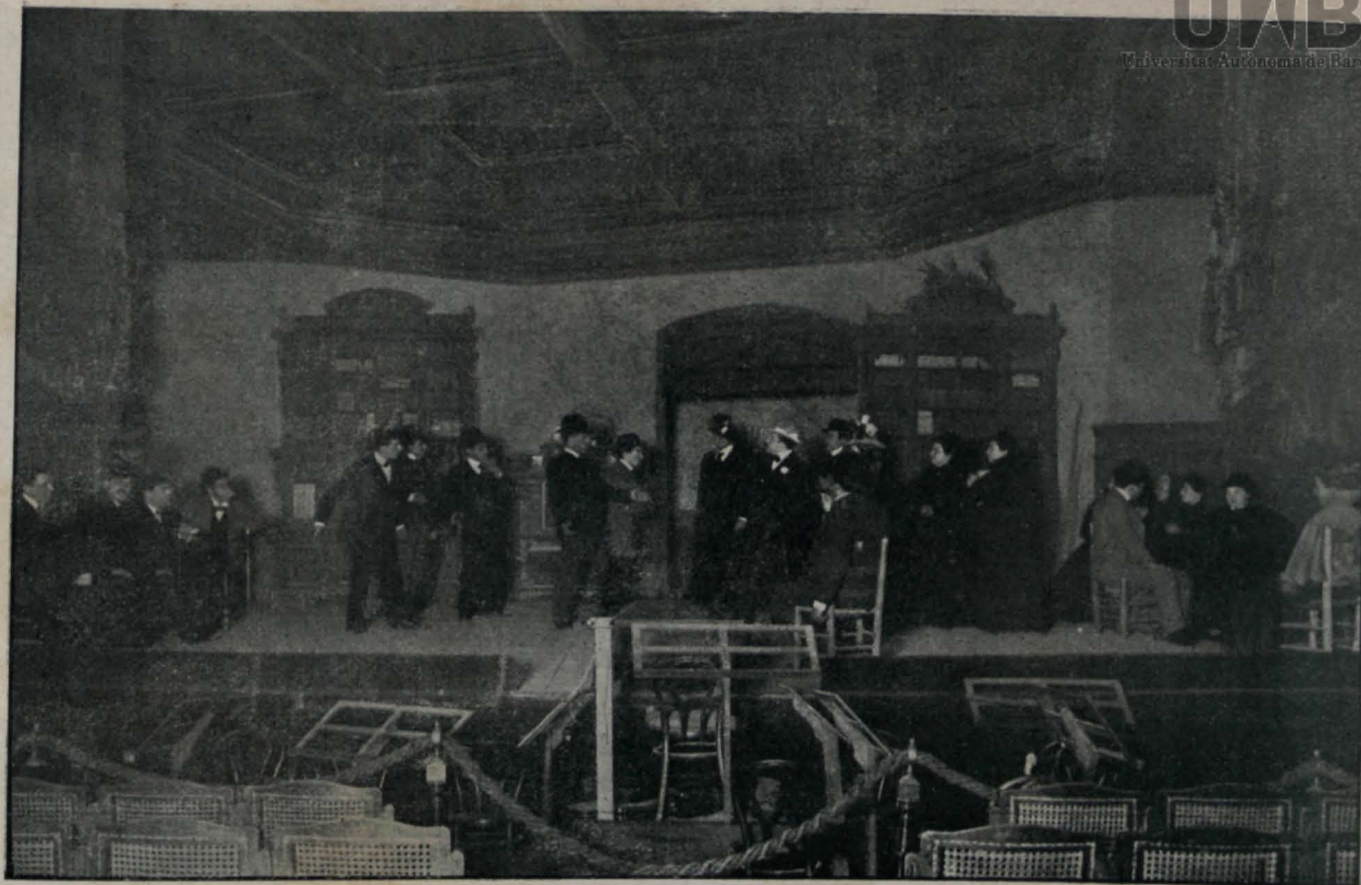
Habla á los pobres, que con hondo anhelo
escuchan sus consejos inspirados:
—“Mi reino de humildad no es de este suelo;
mi reino es otro...” —“¡Bienaventurados.....!”

Y mientras que Jesús al bien incita,
el rojo sol se pierde en lontanauza,
y se asombra la bóveda infinita
sobre un cielo de amor y de esperanza.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA.



Una golfa.



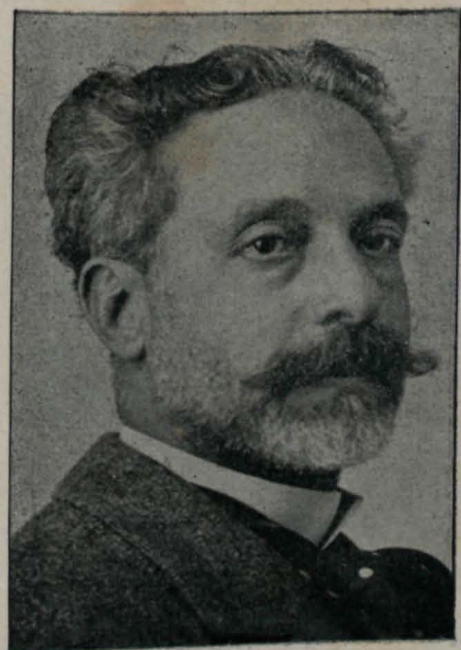
Instantánea tomada con magnesium durante un ensayo de "El Maestro de armas."

Fct. de Róig.

EL MAESTRO DE ARMAS

Promete ser la obra de la temporada. Su argumento, su desarrollo, el interés creciente de sus escenas, su imprevisto final y mas que nada la indole general de esta afortunada producción, son de los que llegando á lo vivo en el alma popular, reciben desde el primer momento el *regium exequatur*, eternizándose en los carteles. La empresa que dirige el Sr. Cepillo, por su parte ha contribuido poderosamente á presentar la obra con esplendidez inusitada, como lo prueban á nuestros lectores las decoraciones que reproducimos y el detalle de que profesor de armas tan distinguido como el Sr. Alesson, haya puesto al servicio de la mayor pulcritud de la obra sus conocimientos profesionales y todo en suma hace prever que el magnífico melodrama francés que hoy nos da á conocer el distinguido literato Sr. Enseñat, será de aquellos que forman época, y que los esfuerzos sumados para que obtenga el mayor relieve posible serán justamente apreciados por el público barcelonés, primero de España en poder saborear las múltiples bellezas de todo género que abundan en el mismo.

Nosotros así lo deseamos y no creemos aventurado, conociendo la obra como la conocemos, asegurar un éxito ruidoso á *El Maestro de Armas*.



D. Tomás Moragas y Torras,
Autor de las decoraciones.



D. Miguel Cepillo,
Director de la compañía.

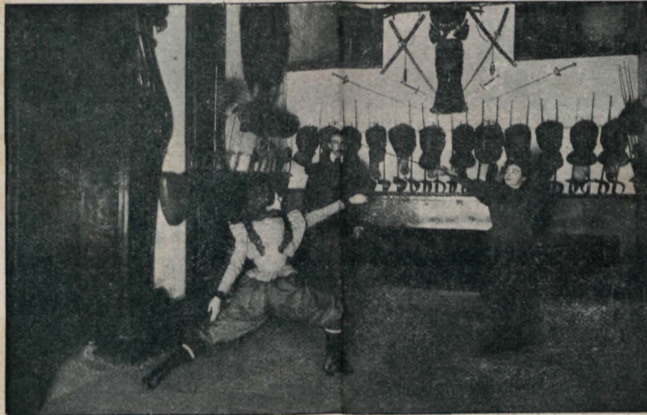


D. Salvador Alarma Tastás,
Autor e las decoraciones.

EL MAESTRO DE ARMAS



Las señoritas tiradoras ensayando en el teatro.



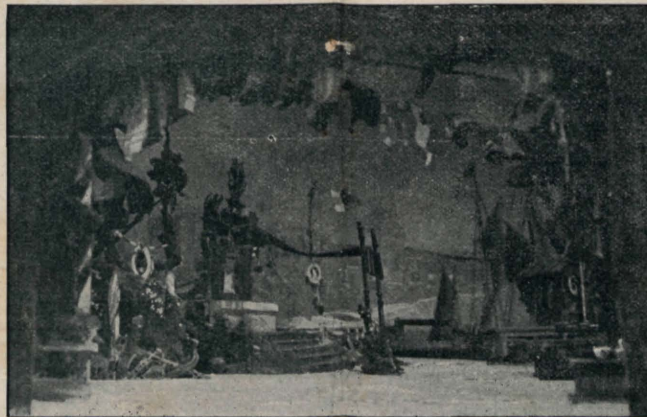
Sala de armas del Sr. Alesson, con las señoritas floretistas.



Preparándose para el asalto.



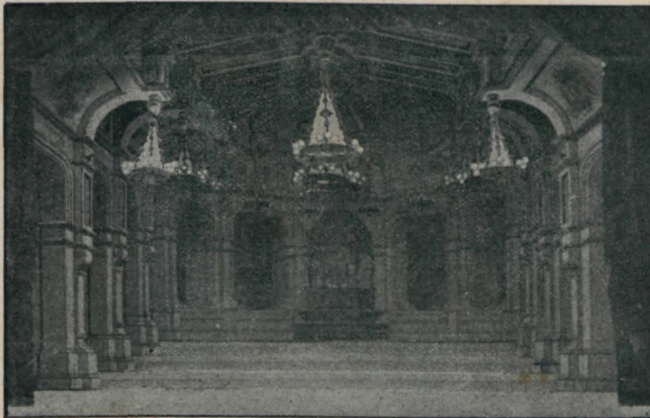
Otra lección de esgrima.



Boceto de la decoración del acto 2.º



Boceto de la decoración del acto 3.º, cuadro 1.º



Boceto de la decoración del acto 3.º, cuadro 2.º



Boceto de la decoración del acto 4.º



Boceto de la decoración del acto 6.º

Fot. de Roté



J. Díez.

CRÓNICA CHIRIGOTERA

¿Cómo escribirían Vds. Visayas, con b ó con v? Con v hemos estado escribiendo esa palabra largo tiempo, pero ha salido en los periódicos un terrible filólogo, precisamente ahora que me importa menos que un bledo, y nos ha dicho y demostrado que Bisayas se escribe con b.

¡Dios mío, y qué peso nos ha quitado de encima! Ya sabemos, cuando volvamos á descubrir y civilizar esas islas, que han de llevar por delante una b como una casa.

Lo que no dejaría de ser cómico, si para risa estuviésemos, es la circunstancia de enterarnos á última hora, cuando lo mismo nos importa la b que la v, de que Bisayas se escribe en esta forma.

Ya lo sabe V. Mac-Kinley; ya lo saben Vds. Watson, Morghan, Dawey, Tailor y demás sayones de España. Esas Bisayas que tan poco les cuestan al Norte de América no se escriben con v.

Deben tener en cuenta este dato importante para medir una vez la hombría de bien y el candor de estos pobres españoles, que dirán todos con el filólogo citado:

—¡Mecachis! ¡No siento que se las lleven, sino que se las lleven con v.!

A mal tiempo buena cara. Este es el lema de Pedro Romeu; por más que parezca imposible, porque aquella cara no puede ser buena, aunque le den colorate.

Pedro Romeu ha abierto un Certámen (en canal) literario en su hostelería de *Los Cuatro Gatos*.

El grupo modernista le secunda en tan nobles fines. Todos los trabajos han de ser dedicados á los gatos, y, naturalmente, ¿qué ha de hacer EL GATO NEGRO sino aplaudir?

El primer premio lo suministra el hostelero Romeu. No se vaya á creer que es un plato de callos ó de *escudella*; es un artístico pergamino, que irá acompañado de una sorpresa. Su retrato probablemente. O un billete de cinco duros, que para todo el mundo sería el colmo de las sorpresas.

Ramón Casas ofrece uno de sus cuadros á la mejor poesía dedicada al *Gat dels frares*. El editor propietario de la revista *Hispania* un objeto artístico al mejor estudio folclórico sobre *El Gato Negro*. El asunto es tentador para los de casa ¡Animo, Ossoriol! Usted lo escribe en castellano, yo lo pongo en catalán, y si hay algún fusilamiento, será el mío solo. Santiago Rusiñol dará uno de sus dibujos á la mejor *Gatada*, y Nonell, Puig, Julio Vallmitjana y *La Esquella de la Torratxa* ofrecen también premios para este certámen.

Se ve que Romeu ha seguido la corriente de los certámenes, que es la que ahora nos arrastra á todos.

No será este el último que inicie el original posadero de Montesión, porque tiene varios en cartera.

Todos los podrá realizar menos el Certámen de los hombres feos. Tendría, como iniciador, que quedar él fuera de concurso, y esto sería arrebatárle la flor natural.

* * *

La gran Sarah Bernhardt nunca se puede estar quieta. La excentricidad es su norma.

Ahora proyecta una *tournée* artística para la India. Llevará con ella á la compañía y las decoraciones. Irá en un yate mandado por Pierre Loti.

Esta es la parte sencilla de la expedición; la parte terrible vendrá luego.

Sarah se propone, por ejemplo, cazar el tigre ó el elefante por el día, y dar funciones por la noche á los que le acompañen, á cuyo objeto se montará el teatro en el bosque, en el camino, donde se pueda.

Los colonos ingleses y los indios que la seguirán en su excursión, disfrutarán de las más vivas emociones.

Muchas veces saldrá el revisor á las tablas, y dirá:

“El encargado de hacer el papel de Alfredo, como ustedes saben muy bien, ha sido devorado esta mañana por un tigre. El señor Alfonso, encargado de sustituirle, se recomienda á la indulgencia del público.”

Otra vez cuando, verbigracia, se esté haciendo *La dama de las camelias*, en vez del padre del enamorado, aparecerá un elefante extraviado que con sus pesadas patas echará á perder las decoraciones.

Sin contar algún tigre huérfano que querrá vengar la muerte de su madre, llevada á efecto por la gran Sarah aquel mismo día.

Eso sí que será una *tournée sensationnel*.

Si Sarah vuelve á Europa sin un zarpazo lo menos, demostrará tener la talla de una heroína.

¡Ay, si á nuestros malos actores les diese por ir á representar á los bosques de la India! ¡Puede ser que las fieras concluyesen con ellos y el arte escénico español podría respirar un poquito!

¡Pero qué! Ellos no quieren más bosques que los pintados en los telones, ni más fieras que los fraudulentos empresarios.

DANIEL ORTIZ.





JOVEN GRIEGA.

M. NONNENBRUCH.

LA EGLANTINA

I

Consus diez y seis años, rubia, con sus sonrojadas mejillas, Clara es linda como una primavera al nacer. Se apoya de codos sobre la ventana baja de la casa de ladrillo, que se levanta aislada al borde del agua, entre las temblorosas ramas de lilas pobladas de pájaros y bañadas por el sol. No piensa, no sueña, no sigue con la mirada á la golondrina que vuela, que torna y que desaparece; no escucha la corriente del río que se desliza.

Está allí, sin saber por qué, vagantemente feliz en una inconsciencia que sonríe. En la ventana y en medio del paisaje, sin darse cuenta, completa el cuadro, agregándole una gracia, un encanto, un esplendor más; ignora que es adorable y es necesaria al delicioso conjunto de la mañana de primavera, como la rosa ignora que se entreabre, como la brisa ignora que murmura. En aquel rincón de la naturaleza, formado por el artista invisible que combina los efectos de las auroras y las puestas del sol, completa, sin que nada le impulse ni se lo advierta, la belleza misteriosa.

De repente, mientras está asomada á la ventana, el viento le arrebató de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, á la que está atada una cinta; roba la flor, la deja caer en el río y se sonríe de su travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los sauces, y una pintada mariposa, posándose sobre ella en un continuo aleteo, parte para un largo viaje.

II

Toda la noche, en una de las más pobres casas de la ciudad, un joven ha llorado, con los puños en las sienes, y apoyados los codos en una pequeña mesa de madera en donde hay algunas cartas esparcidas.

La luz del alba que disipan las sombras del cielo no ahuyentan las tristezas de su corazón dolorido. El joven se levanta, va, viene, parándose á intervalos, ceñuda la frente, mordiéndose los labios.



R. Engels.

¡Ella no le ama! Aquella encantadora niña, en quien él tenía cifradas todas sus alegrías, que le hacía olvidar las miserias de la vida, ha partido para no volver más, ¡y ha partido con otro! —Después de tantas promesas tan llenas ¡ay! de ternuras; después de tantos besos embriagadores, jura á otro amor eterno y le ofrece sus labios humedecidos todavía por las recientes aventuras.

¡Oh la infame! ¿Que será ahora de él tan solo y sin esperanza? Las gentes ricas ó notables, que tienen los consuelos del lujo ó de la gloria, no deben sufrir tanto cuando los abandonan de repente aquellas, á quienes adoraban.

Pero él, pobre, desconocido, sin amigos ni familia, ¿qué hará en las horas ociosas, y cuál será el mañana que le haga perder el amargo recuerdo del adorable ayer? Cuando piensa que no volverá á verla, que no la oirá, que todo ha concluido por completo; que nunca tornerán á resonar sus pasos en aquella pobre estancia, donde con ella penetraban las delicias y todas las sonrisas; cuando piensa que ella no se despertará ya por la mañana, entreabriendo los labios, como se entreabre la rosa, sobre la almohada de un angosto lecho, para siempre desierto, le asaltan los deseos de despedazar los muebles, de poner fuego á las cortinas y de morir bajo los escombros y las cenizas. Al menos no vivirá ni un instante más en la tan querida y odiosa estancia.

Empuja la puerta y sale atravesando la ciudad, todavía dormida. Mira las celosías cerradas. Golpea al suelo con el pie, se muerde los puños, se agita como el que huye. Llega á la orilla del río que, muy profundo, corre entre los inclinados sauces, pero ni el fresco rocío de la mañana, ni la alegría de las hierbas removidas por la corriente, ni el espacio iluminado por el sol, tranquilizan al pobre joven.

Medita por mucho tiempo con la vista fija en el agua. No puede separar sus miradas de la límpida superficie, plana como la losa de una tumba. ¡Morir! Este es el pensamiento que le asalta. ¡Sí, morir! Y ¿por



J. Triadó M.

qué no?—¿Qué hará de la vida ahora? Todos los hombres son malos, todas las mujeres son perversas. Toda dicha tiene por hermana gemela á la desilusión. No es cierto que existan ternuras eternas y lazos jamás rotos. La felicidad que no ha de ser duradera, ¿vale la pena de ser deseada? ¡Para que sonreír si habrá que llorar! ¡Ah! ¡Esa vida es espantosa, y cuánto mejor es la muerte! No cree ya en las tiernas palabras; detesta los apretones de manos bajo las enramadas de noche, maldice los besos de todos los labios. Ya no vacila: ¡morirá! Sí, allí, en las profundidades del agua, habrá eterno reposo, y el olvido de las traiciones y los recuerdos. ¿Cuán grato debe ser dormir sin malos sueños! Justamente la hora es propicia.

Está solo junto á la ribera Se inclina después de un sacudimiento de hombros como despreciando la vida, se inclina una vez más; va á lanzarse en el cristalino río, acariciado por la luz en la verde tumba, iluminada por los rayos del sol. Pero ¿qué es aquello que ve allí, á flor de agua, cerca de él? Es una eglantina, á la cual se anuda una cinta rosada que deja fina estela, y sobre ella una mariposa que viaja en un continuo sacudimiento de alas.

III

No se ha arrojado al agua. Ha cojido la flor á su paso, la flor y la cinta, y ahora se encamina á lo largo del río, mirando la eglantina con melan-

colía. ¿Por qué? No lo sabe, la contempla y á veces la besa.

¿De donde puede venir esa flor? ¿De qué cabeza, de qué tallo ha caído? A él le parece que ha estado allí expresamente para recordarle que la vida no es tan amarga, y que el hombre no debe, por una picadura en el dedo ó en el corazón, dejarse abatir por las rosas ó por las mujeres. No se ha atrevido á morir en el agua por donde ella pasaba. Pero este enternecimiento dura poco. Rehusa la idea de vivir. La ira y las angustias le asaltan con más violencia. Aquella flor miente como la boca. Y con un gesto que dice adiós á todas las miserias, á todos los perjurios, á todas las desesperaciones, se inclina de nuevo hacia el río. Está completamente resuelto. Ahora, nada le detiene. Va á lanzarse ya.

—¡Ah, mi flor y mi cinta! dice una voccecita parecida á una nota lanzada por un pajarillo.

El joven retrocede, ve en una ventana baja de una casa de ladrillo, entre la espesura de grandes lilas, reclinada una niña linda como la primavera con sus diez y seis años, rubia la cabeza, frescas y sonrosadas sus mejillas.

—¿Esta flor es vuestra, señorita?

Y porque al devolvérsela ha rozado con su mano los temblorosos dedos de la doncella, siente que su corazón sigue la flor y se posa sobre ella, en un estremecimiento, como una mariposa que parte para un largo viaje.

CÁTULO MENDES.

PESIMISMOS.

El ministro de Marina, según la prensa relata, reorganizar se propone nuestra ya maltrecha escuadra. Y como sobran marinos y los buques no hacen falta, nadie se explica el propósito de ese virrey de la Armada, porque otro nuevo Lepanto ni ningún Don Juan de Austria volverá á reproducirse

en los fastos de la pátria. ¡Trafalgar...! Recuerdo amargo de la horrorosa batalla donde la sangre española enrojeció aquellas aguas. Después... Cavite y Santiago .. nombres que aterran y pasman, tumbas fueron de las naves do lucharon nuestras armas. Sepultada allí quedó la bandera roja y gualda,

aunque murieron con honra los marinos de la escuadra. Allí el honor quedó á salvo, mas se hundió el poder de España... que no podrá rehacerse de tan tremenda desgracia. Los muertos muertos se quedan y nunca más se levantan. ¿Para qué queremos barcos si no tendremos Armada?

J. B. PERALES.

La Venta de Eusebia está en un recodo de la carretera, á ocho leguas de la ciudad, junto á una noria, alrededor de la cual y uncido al malecate, un viejo mulo se pasa el día dando vueltas con los ojos tapados por un pañuelo, y al pié de un grupo de corpulentos castaños de India que esparcen en torno suyo una sombra circular de veinte metros en diámetro.

La casucha tiene dos pisos y desván, con huerta y pozo á la parte trasera, gran emparrado al frente y balcón corrido con una escalera lateral á usanza de las casas de labor de las provincias vascongadas. En la bohardilla se guardaban el trigo, la paja y los muebles que el uso inutilizaba; en el piso principal había un gabinete y dos alcobas, en una de las cuales dormía la señora Eusebia, sin más compañía que la de un Cristo, regalo de su padrino de casamiento, y un gran arcón de madera en el que guardaba su ropa y los ahorrillos que iba reuniendo, según sus cálculos, para cuando los años no la dejaran rebullir y ganar con el sudor de su frente y de sus piés, el pan de cada día. En la planta baja estaban la cocina, un mostrador sobre el cual siempre había una bandeja con vasos de vidrio y dos pellejos de vino, uno lleno y otro á medio vaciar, y un comedor de invierno con una larga mesa de pino sin pintar y doce sillas de enea.

La casa, en fin, aunque pequeña, era alegre, ventilada, muy limpia y con mucha luz; un nido de poeta soñador ó de recién casados, que se reía solo.

Allí vivía Eusebia pensando en las uvas de su emparrado, en las hortalizas de la huerta, en la procreación de sus gallinas y en los barrilitos de alcaparrones y aceitunas sevillanas que tenía que aliñar. Se levantaba muy temprano; se ponía cubriendo las robustas pantorrillas unas medias de lana de elaboración casera; metía los callosos piés en sendos zuecos de madera; se ceñía á las caderas tres ó cuatro refajos de colores, que no la llegaban, ni con una cuarta más de su longitud á los tobillos; echaba por sus hombros un largo pañuelo que cruzaba sobre el pecho y se ataba detrás, en la cintura, y con este pintoresco atavío bajaba á abrir la tienda.

Quitaba la tranca que reforzaba la puerta, descorría cerrojos, desataba cadenas y abría de par en par las hojas, quedándose con

los brazos en jarras, un poco deslumbrada por los resplandores del sol, aspirando con delicia aquellas bocanadas de aire puro que la azotaban la cara y dilataban sus pulmones; luego daba media vuelta y se iba al corral canturreando alguna tonadilla y haciendo sonar sus zuecos. Después de inspeccionarlo todo con ojos de dueña hacendosa, volvía al mostrador y una vez allí, ora guisando los dos platos que componían su frugal almuerzo, ó sirviendo á los parroquianos sedientos que entraban á echar un trago, ó repasando la ropa sucia, pasaba el día y el primer tercio de la noche, hora en que cerraba las puertas, cogía un candil y se subía á acostar.

Y así pasaba Eusebia la vida; siempre tan chica y tan gorda, tan alegre y tan dispuesta á recibir lo que el Destino la deparase, con cara de risa.

II

Una mañana, después que Perico el Corsario se hubo marchado, vió Eusebia á tres jóvenes que venían en dirección á la venta; no parecían gente rústica, antes bien, sus trajes en relativo estado de decencia, acusaban en ellos á muchachos bien acomodados que se hubiesen vestido á la lijera para corretear por los campos y solazarse con más libertad.

—Estos entran aquí—pensó ella, y corrió á colocarse detrás del mostrador, muy ufana de recibir en su posada á caballeros de tanto fuste. Y no se equivocó, porque apenas pasados cinco minutos, vió aparecer bajo el emparrado á los tres caminantes que entraron dando voces y tratando á la ventera con encantadora llaneza.

—¡Días felicísimos, patrona!—dijo uno.

—Traiga usted vasos y un par de botellas del mejor vino blanco que tenga en sus bodegas, que no de otra clase merecen beberlo los huéspedes que tiene usted aquí—añadió otro.

—No habrá quien diga lo contrario delante de mí—repuso Eusebia á quien la codicia encandilaba los ojos.

—Y tráigase usted además una baraja, porque vamos á jugarnos lo que hemos de comer dentro de un rato. Sentáronse los tres en torno de una mesa bajo el emparrado, y empezaron á trasegar.

Eusebia, parada delante de ellos les escuchaba embobada, seducida por la chispeante conversación de los mozos que no cesaban de zaherirse con ingeniosas cuchufletas.

Eran estudiantes; uno cursaba derecho, otro medicina, el tercero farmacia, y cada cual respondía por un mote. Al futuro abogado le llamaban *Demóstenes*; era el más alto y el de mejor estampa; tenía la tez morena, los ojos expresivos, las guías del bigote muy empingorotadas, la voz bronca pero simpática, y sus carcajadas eran las que más sobresalían. El médico tenía el apodo de *Hipócrates*; era bajito, pálido, con el pelo cortado al rape, la barba escasa, los labios finos, el semblante lleno de travesura y de mala intención. El boticario era un muchachote recio de cuerpo, de espaldas y brazos atléticos, manos velludas, nariz roma y molletes abultados; tenía esa hermosura



basta que tanto agrada á las muchachas campesinas; le llamaban *Rocinante*, y soportaba gustoso el sobrenombre con que á sus compañeros les plugo confirmarles.

Demóstenes, Hipócrates y Rocinante se completaban: considerados aisladamente, eran tipos vulgares, pero vistos en grupo, los defectos de uno realzaban los méritos y gracias del compañero, y las figuras se avaloraban con la comparación que entre ellas se hacía.

Su tipo, su cortedad de ingenio ó su paciencia inalterable, habían convertido á Rocinante en blanco de las burlas de sus amigos. Demóstenes le embromaba é Hipócrates se reía, y formaban tal contraste, que era preciso ser ciego ó sordo para no reir viéndoles juntos.

Entre chirigotas fué pasando el tiempo, y mientras venía la hora del almuerzo y acababa de quedar aderezada la paella que Eusebia preparaba en la cocina, los tres amigos pidieron aceitunas con que engañar el hambre, y más botellas de vino.

La ventera andaba borracha de satisfacción, no sabiendo á que ángel bueno agradecer tanta ventura; porque si sus huéspedes eran tan simpáticos que parecía una bendición de Dios el oírles hablar, su esplendidez cedía á su donosura, pues entre lo que habían pedido en el transcurso de la mañana y lo que importaba el pollo con arroz que se iban á comer, resultaba un total que no bajaría de treinta pesetas; cantidad fabulosa que hizo pensar á Eusebia en la conveniencia de aumentar su ganado de corral con un gallo y media docena de gallinas.

Terminado el almuerzo, Hipócrates quiso pagar, pero Rocinante le contuvo y se echó mano al bolsillo.

—No consiento que nadie pague por todos—dijo el abogado;—el gasto es considerable y debemos pagarlo á escote.

—Aunque más prudente sería—apuntó el médico—que no nos fuésemos aún, porque á estas horas y con el calor que hace se nos iba á indigestar la comida.

La opinión de Hipócrates, reforzada por la ventera, que fué del mismo parecer, agradó á los demás, y resolvieron pasarse la tarde jugando á las cartas hasta la puesta del sol.

A las siete, hartos ya de estar sentados, salieron á la carretera y empezaron á jugar al toro y á la *piola*. Eusebia, sentada en un banquillo junto á uno de los horcones del emparrado, se reía como una tonta de verles, sin acordarse de la media que tenía sobre sus rodillas. La suerte del picador era la más divertida: Demóstenes era el caballo, Hipócrates le montaba y Rocinante embestia; con tanta fé desempeñaba el boticario su papel de toro, que casi siempre hacía rodar á sus compañeros por el suelo, y tan graciosa le pareció á la ventera la mojiganga, que les convidó á una botella de vino, del que la pobre mujer trasegó una buena cantidad.

Después empezaron á disputar acerca de cuál de los tres corría más; pioáronse los ánimos y llegaron á atrevesar en la apuesta el importe de todo el gasto hecho, más el almuerzo del siguiente día.

—Tú corres más que yo—decía el abogado—pero yo tengo más resistencia y en una carrera larga te saco ventaja.

—No lo creas—contestó Hipócrates—los hombres altos no son buenos corredores.

—Lo veremos.

—Yo soy el que mejor corre y el que más resiste de los tres—dice Rocinante.

—Vamos á verlo.

—Vamos allá.

Eusebia se retorció de risa viendo la faz congestionada del boticario; el semblante afilado de Hipócrates, cuyo rostro parecía alargarse por momentos con la emoción, y al corpulento Demóstenes que se doblaba los pantalones hasta media pierna.

—¿Cuál va á ser el término de la carrera?—preguntó uno de ellos.

—Aquel árbol que está á la derecha.

—¿El primero pasando de cerca?

—El mismo.

—Bueno, pues pongámonos en fila y que la señora Eusebia dé la señal de partir.

Alineáronse todos, con el pié derecho delante, el oído alerta, los labios contraídos, las piernas rígidas, los puños apretados.

—¡Uno!—dijo la patrona; nadie se movió —¡Dos!—y se detuvo un momento dando lugar á que los luchadores reuniesen todas sus fuerzas.—Y...—agregó deteniéndose aún—¡tres! ..

Salieron de golpe, como exhalaciones, con rapidez de ciervos perseguidos. La ventera, parada en medio del camino, se reía viéndoles correr. Demóstenes corría como si realmente fuese el orador ateniense y el tirano macedonio le fuera á los alcances; Rocinante, como nunca soñó Cervantes que pudiese correr el asendereado jamelgo de su inmortal Don Quijote; é Hipócrates, que era el que menos avanzaba, también movía los talones de lo lindo.

De pronto, un presentimiento horrible cruzó por la imaginación de Eusebia; creyó que aquella apuesta bien podía ser una fuga, y empezó á dar voces.

—¡Demóstenes... Rocinante... ya está bien!...

Pero cuando les vió llegar al árbol, meta de la carrera, y seguir sin detenerse, echó á correr tras ellos llorando y desatándose en improperios.

—¡Hipócrates, granujones, venid acá...!

Su voz se extinguió en la soledad de los campos y el nombre del famoso médico expiró sin encontrar eco. Aún les divisó un instante bajar corriendo como perros, una cuesta de la carretera... después desaparecieron y solo distinguió una pequeña nube de polvo que seguía alejándose, alejándose...

Entonces, al comprender que había sido burlada, quiso correr, gritar desahogar su furor contra alguien; pero estaba sola; la ira y el vino que bebió se unieron para trastornarla; acordose del dinero perdido, del pollo que había matado para servírselo con arroz á aquellos bergantes; de las gallinas soñadas... y sus piernas flaquearon, abrió los brazos y cayó de cara, en medio del camino...

Y si hubiese sabido citar, nunca con más razón que entonces, hubiera podido exclamar con el clásico:

—*Lasciate ogni speranza...!*

J. Román.



J. Roman

EDUARDO ZAMACOIS.

GATO POR LEBRE

No pudiendo contestar personalmente á todas las personas que nos han felicitado por nuestros números dedicados al teatro del Liceo y la eminente actriz María Guerrero las enviamos desde estas columnas las pruebas más rendidas de nuestro reconocimiento.

Hemos tenido ocasión de ver y admirar el cúmulo de trabajos artísticos y literarios que el afamado fotógrafo, nuestro querido amigo y colaborador D. Antonio Esplugas, ha reunido para la formación de un grandioso album, que una vez terminado constituirá una verdadera joya, por cuanto en él habrán tomado parte los pintores, poetas, músicos, literatos, periodistas y dibujantes contemporáneos de más renombre.

IMPOSIBLES

- Para una cocinera.
- Sacar agua de un *pozo de ciencia*.
- Para un zapatero.
- Poner medias suelas y tacones á una bota..... de vino.
- Para una hermosa.
- Alumbrar su camino con la luz de sus ojos.
- Para un borracho.
- Beberse la copa de un *árbol*.
- Para un municipal.
- Prender el *golfo* de... Gascuña.

CHARADA

1.^a

Esto indica inmensidad,
donde se encierra un tesoro;
¡Cuánto valor! y cuanto oro
deja aquí, la humanidad!

1.^a 2.^a

Dice aquí, lector querido,
ave que canta, pescado,
cierto escritor celebrado
y de un torero, apellido.

1.^a 2.^a 3.^a

Distinguido general
que en Melilla sucumbió
y con valor se batió
por la patria, siempre leal.

M. GÍN-LEY.

CORRESPONDENCIA ÍNTIMA

Chiviana.—Me parece que ha querido V. hacer un cuento simbólico, relacionando su argumento con lo que hoy ocurre por España. Si es así, la cosa está poco, quizás demasiado clara. Tanto que yo lo descubro por una corazonada á lo Martínez Campos. Si no estoy en lo cierto, el cuentecito resulta bastante incoloro.

F. M. M.—Tiene poquito asunto para tanta exten-

sión. Ocuparía dos números de EL GATO. Además, la forma dramática no es la más apropiada para el periódico y solo es admisible en casos excepcionales. Puede seguir mandando lo que guste, pero cortito y festivo á ser posible.

V. P.—Valencia.—Paso nota de sus deseos al señor Lorenzo Coria, Secretario que fué de aquel concurso, porque aquí no sabemos una jota de lo que V. desea.

Siroeni.—Agradezco su envío, pero no puedo utilizarle. Sea V. imparcial; haga comparaciones y verá que realmente no es publicable.

Cucu.—El cuentecito es bonito y demuestra que su autor no es manco. Pero ¡ay! que parte los corazones por lo triste y bastantes tristezas tenemos sin buscarlas.

G. D. S.—Creo que sería un cargo de conciencia no dar á luz sus versos, malogrando acaso una gloria nacional.

No quiero echarme encima semejante remordimiento y cueste lo que cueste, ahí van sus versos:

A MI GUILGUERILLO

Canta, pajarito, canta
Alaga presto mis oídos
Con los dulces gorgoritos
Que formas con tu garganta
Con tu melodioso canto
Haras olvidar de veras
Aquellas horribles penas
Que me atormentan tanto

Que dulces trinos exalas
Rico y bello gilguerillo
Desde que ya airoso cantas
Pronto he puesto en olvido
Las penas que me aquebrantan
Y ponen tristes mis oídos.

M. de la P.—No encaja ninguno dentro de la índole del periódico.

M. R. R.—Tampoco encaja ese "vaso roto" en EL GATO NEGRO, ni aún arreglándolo. ¡Es muy difícil componer el cristal!

Batilo.—Será V. servido. Paso aviso de sus deseos á la Administración.

F. G.—¿Acrósticos á estas alturas? Pero... ¡usted se ha dormido hace treinta años y despierta ahora!

Cabezudo.—Eso podría pasar si tuviera un poquito más de sintaxis, prosodia, ortografía, de pensamiento, de lógica, de novedad, de interés, de amenidad, de corrección, de estilo y de sentido común. ¡Me parece que no es mucho!

D.^a Clara.—D.^a Oscura debía V. llamarse, porque... ¡cualquiera sabe lo que ha querido V. escribir!

Un futuro académico.—Tiene V. razón: á juzgar por lo que se está rebajando la talla de los académicos, el mejor día, le vamos á ver á V. entre los inmortales.